



Hay fenómenos naturales que, aun cuando la ciencia consigue explicar perfectamente su funcionamiento, siguen provocando en nosotros una profunda admiración. Un eclipse es uno de ellos. Durante unos instantes, aquello que parecía inmutable cambia ante nuestros ojos: el día adquiere una extraña oscuridad, el Sol parece desaparecer y el paisaje queda envuelto en una luz insólita.

No es extraño, por tanto, que desde la Antigüedad los hombres hayan contemplado los eclipses con temor, admiración y sentido religioso.

La Sagrada Escritura también habla de la oscuridad del Sol, de la Luna que pierde su resplandor y de los signos celestes que acompañan determinados momentos decisivos de la historia de la salvación.

Pero aquí conviene hacer una precisión desde el principio: **la Biblia no enseña que todo eclipse sea un presagio, un castigo divino o una señal inmediata del fin del mundo.**

La perspectiva bíblica es mucho más profunda.

Para la fe católica, los astros son criaturas de Dios. Un eclipse no es un mensaje cifrado que debamos descifrar supersticiosamente, sino un acontecimiento de la creación que puede convertirse, a la luz de la Revelación, en una ocasión privilegiada para contemplar el poder de Dios, recordar nuestra pequeñez y elevar el corazón hacia Cristo.

Y precisamente hoy, cuando los eclipses vuelven a ocupar titulares, redes sociales y conversaciones —incluido el eclipse solar total del **12 de agosto de 2026**, cuya trayectoria alcanza determinadas zonas del hemisferio norte—, merece la pena preguntarnos: **¿qué dice realmente la Biblia sobre los eclipses?**

1. El Sol, la Luna y las estrellas pertenecen a Dios

La primera clave para comprender cualquier referencia bíblica a los fenómenos celestes se encuentra en el Génesis.

«Hizo Dios los dos grandes luminares: el luminar mayor para regir el día, y el luminar menor para regir la noche; y las estrellas».
(**Génesis 1,16**)



La afirmación es extraordinariamente importante.

En muchas religiones antiguas, el Sol, la Luna y las estrellas estaban relacionados con divinidades. Los astros podían ser adorados, temidos o considerados poderes sobrenaturales.

La Biblia rompe radicalmente con esa mentalidad.

El Sol **no es Dios**.

La Luna **no es una diosa**.

Las estrellas **no son poderes divinos que gobiernan nuestro destino**.

Son criaturas.

«Dios creó». Esa es la afirmación fundamental.

Por eso, un cristiano puede contemplar un eclipse con enorme admiración sin caer en supersticiones. Precisamente porque sabe que aquello que contempla no es una divinidad, sino una criatura que manifiesta indirectamente la grandeza de su Creador.

El eclipse puede convertirse así en una pequeña catequesis cósmica: **la creación es grande, pero el Creador es infinitamente mayor**.

La ciencia explica cómo se produce un eclipse: en un eclipse solar, la Luna se interpone entre el Sol y la Tierra; en uno lunar, la Tierra se sitúa entre el Sol y la Luna. La extraordinaria precisión con la que pueden predecirse estos fenómenos demuestra precisamente que el universo posee un orden inteligible.

La explicación científica, por tanto, no elimina necesariamente el asombro religioso.

Puede aumentarlo.

2. ¿Aparecen realmente los eclipses en la Biblia?

Aquí debemos distinguir entre **eclipses propiamente dichos** y el lenguaje bíblico de la oscuridad cósmica.

La Biblia utiliza numerosas veces imágenes relacionadas con el oscurecimiento del Sol, la Luna y las estrellas.



Uno de los textos más conocidos aparece en el profeta Amós:

«Aquel día —oráculo del Señor Dios— haré que el sol se ponga a mediodía y oscureceré la tierra en pleno día».
(Amós 8,9)

A primera vista, podríamos pensar inmediatamente en un eclipse solar.

Sin embargo, debemos tener cuidado.

El lenguaje profético no funciona como un tratado moderno de astronomía. Los profetas utilizan imágenes cósmicas para expresar la intervención de Dios en la historia, especialmente su juicio sobre el pecado.

El oscurecimiento del Sol representa la llegada de un momento de profunda conmoción.

El mensaje no es: «Cuando veáis un eclipse, sabed que Dios está castigando a alguien».

El mensaje es mucho más serio:

el hombre puede vivir como si Dios no existiera, pero llegará el momento en que deberá enfrentarse a la verdad.

3. Joel: el Sol se oscurecerá y la Luna se convertirá en sangre

Otro texto fundamental aparece en el profeta Joel:

«El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, ante la venida del día del Señor, grande y terrible».
(Joel 3,4)

Esta expresión resulta especialmente interesante porque reaparece en el Nuevo Testamento.

San Pedro la cita en su discurso de Pentecostés:



«El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes de que
llegue el día del Señor, grande y glorioso».
(Hechos 2,20)

Y el Apocalipsis empleará imágenes semejantes:

«El sol se volvió negro como un saco de crin y la luna toda como
sangre».
(Apocalipsis 6,12)

Aquí aparece una cuestión fundamental para el lector moderno.

¿Está hablando la Biblia literalmente de eclipses?

La respuesta católica exige prudencia.

La Escritura utiliza frecuentemente el lenguaje cósmico para describir acontecimientos
escatológicos y manifestaciones extraordinarias del poder de Dios. El Sol oscurecido, la Luna
ensangrentada y las estrellas que caen forman parte de un lenguaje simbólico de gran
fuerza.

No debemos convertir cada eclipse que aparece en nuestro calendario astronómico en una
profecía cumplida.

**Eso sería abandonar la interpretación cristiana de la Escritura para entrar en la
superstición.**

4. ¿Y qué ocurrió durante la muerte de Jesucristo?

Aquí encontramos el pasaje más impresionante de todos.

Los Evangelios sinópticos describen una oscuridad extraordinaria durante la Crucifixión.

San Mateo escribe:



«Desde la hora sexta se produjo oscuridad sobre toda la tierra
hasta la hora nona».
(Mateo 27,45)

San Marcos ofrece igualmente la referencia a las tres horas de oscuridad.

Y San Lucas dice:

«Era ya como la hora sexta, y se produjo oscuridad sobre toda la
tierra hasta la hora nona, porque se eclipsó el sol».
(Lucas 23,44-45)

Estamos ante uno de los textos bíblicos más fascinantes relacionados con la astronomía.

Pero precisamente aquí debemos evitar una confusión muy frecuente.

¿Fue un eclipse solar ordinario?

No podemos identificar sin más la oscuridad de la Crucifixión con un eclipse solar convencional.

La razón es astronómica y litúrgica.

Jesús murió durante la celebración de la Pascua judía, que tenía lugar alrededor de la luna llena. Un eclipse solar únicamente puede producirse en torno a la luna nueva, cuando la Luna se encuentra entre la Tierra y el Sol.

Por tanto, **una oscuridad de tres horas durante la Crucifixión no puede explicarse simplemente como un eclipse solar ordinario.**

Esto es importante.

La fe cristiana no necesita deformar la astronomía para defender el Evangelio.

Al contrario: puede reconocer perfectamente la realidad científica y, al mismo tiempo,



afirmar el carácter extraordinario de lo que los Evangelios narran.

5. Entonces, ¿qué significa la oscuridad de la Crucifixión?

Aquí entramos en el corazón de la teología.

La oscuridad que envuelve el Calvario no es simplemente un fenómeno meteorológico.

Los Evangelios presentan la muerte de Cristo como un acontecimiento cósmico.

El Creador está siendo rechazado por su criatura.

El Autor de la vida está clavado en una Cruz.

El que dijo:

«*Hágase la luz*»

en el comienzo de la creación, aparece ahora envuelto en tinieblas.

No estamos ante una casualidad literaria.

La tradición cristiana ha contemplado siempre la oscuridad del Calvario como un signo profundamente teológico.

El universo parece guardar silencio ante la muerte del Hijo de Dios.

La tierra tiembla.

Las piedras se quiebran.

El velo del Templo se rasga.

Y la oscuridad cubre el escenario de la Crucifixión.

La creación entera parece responder al drama de su Creador.



6. ¿Y la «Luna convertida en sangre»?

Aquí aparece otro punto que en los últimos años ha generado enorme interés.

Los cálculos astronómicos muestran que pudo producirse un eclipse lunar visible desde Jerusalén el **3 de abril del año 33**, una de las fechas propuestas para la Crucifixión. NASA señala que las referencias cristianas a una Luna «como sangre» podrían guardar relación con un eclipse lunar, ya que durante estos fenómenos la Luna puede adquirir una tonalidad rojiza.

Esto es interesante, pero debe formularse correctamente.

No significa que la NASA haya demostrado que Jesucristo murió exactamente el 3 de abril del año 33.

Los cálculos astronómicos pueden ayudar a estudiar posibles fechas históricas, pero no convierten automáticamente una hipótesis cronológica en un dogma de fe.

Y, sobre todo, no debemos confundir el eclipse lunar con la oscuridad descrita durante las horas centrales de la Crucifixión.

Un eclipse lunar ocurre cuando la Tierra proyecta su sombra sobre la Luna y solamente puede producirse en luna llena. Un eclipse solar ocurre durante luna nueva.

Por eso, una posible luna rojiza al anochecer y la oscuridad de varias horas durante la Crucifixión son cuestiones distintas.

La astronomía puede iluminar determinados aspectos históricos.

Pero **el sentido último de la Crucifixión pertenece a la teología.**

7. Josué y el Sol que «se detuvo»

Existe otro pasaje bíblico frecuentemente relacionado con los eclipses.

En Josué 10,12-13 encontramos:

┃ *«Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ayalón».*



El texto continúa diciendo que el Sol se detuvo y la Luna permaneció.

A lo largo de los siglos se han propuesto diversas interpretaciones y también se ha intentado relacionar este episodio con determinados eclipses históricos. Algunos estudios astronómicos modernos han propuesto candidatos concretos, pero estas identificaciones son discutidas y no constituyen una interpretación obligatoria del texto bíblico.

Aquí nuevamente debemos comenzar por la teología.

El objetivo principal del relato no es enseñarnos mecánica celeste.

El objetivo es mostrar la intervención extraordinaria de Dios en favor de su pueblo.

La Biblia no fue escrita para responder a las preguntas de un manual moderno de astronomía.

Fue escrita para revelar quién es Dios y cuál es su relación con el hombre.

8. Los eclipses no son horóscopos cristianos

Este punto resulta especialmente necesario en nuestra época.

Cada vez que se aproxima un eclipse aparecen en internet interpretaciones de todo tipo:

«Es una señal del Apocalipsis».

«Dios está anunciando un castigo».

«Este eclipse demuestra que estamos en los últimos tiempos».

«La Biblia predijo exactamente este acontecimiento».

El problema es que muchas de estas afirmaciones mezclan fragmentos bíblicos, numerología, astrología, teorías conspirativas y especulaciones personales.

Eso no es catolicismo.

La Iglesia enseña que debemos evitar la superstición y toda forma de adivinación.

El cristiano no consulta los astros para descubrir su destino.



Eclipses en la Biblia: cuando el cielo se oscurece y Dios nos recuerda
quién es el verdadero Señor de la luz | 9

Mira a Cristo.

Esta diferencia es fundamental.

La astrología pregunta:

«¿Qué me dicen los astros sobre mi futuro?»

La fe cristiana pregunta:

«¿Qué me pide Dios hoy?»

Son dos actitudes radicalmente diferentes.

9. Cristo es la verdadera luz

Y aquí encontramos la clave espiritual más hermosa.

La Biblia comienza con la creación de la luz:

«Dijo Dios: “Haya luz”. Y hubo luz».
(Génesis 1,3)

Y el Evangelio de San Juan presenta a Cristo como la Luz verdadera:

«La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre».
(Juan 1,9)

Por eso resulta profundamente significativo contemplar un eclipse desde una perspectiva cristiana.

Durante unos instantes, el Sol parece desaparecer.

Pero Cristo no desaparece.



Las circunstancias pueden oscurecerse.

La sociedad puede atravesar crisis.

La cultura puede alejarse de Dios.

Podemos experimentar dudas, sufrimientos, pérdidas y momentos de oscuridad espiritual.

Pero **la ausencia de luz en nuestra experiencia no significa que Dios haya dejado de ser la Luz.**

Hay una diferencia entre que nosotros no veamos y que Dios haya dejado de existir.

El eclipse puede convertirse así en una parábola espiritual.

A veces la luz queda momentáneamente oculta.

Pero la luz continúa existiendo.

10. El eclipse como llamada a la humildad

Vivimos en una época extraordinariamente confiada en sus capacidades.

El hombre moderno puede predecir eclipses con una precisión impresionante. Puede calcular sus trayectorias, determinar sus horarios y conocer con enorme exactitud dónde serán visibles.

Y todo ello es admirable.

Pero precisamente por eso debería conducirnos a la humildad.

Porque cuanto más conocemos el universo, más impresionante resulta su grandeza.

El conocimiento científico no tiene por qué llevarnos necesariamente al ateísmo.

Puede llevarnos también a una pregunta mucho más profunda:

¿Por qué existe un universo ordenado que podemos comprender?

La contemplación del cosmos puede convertirse en una invitación al Salmo:



«Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra
de sus manos».
(Salmo 19,2)

El eclipse no es Dios.

Pero puede recordarnos a Dios.

11. ¿Qué hacer espiritualmente ante un eclipse?

Un católico puede aprovechar un acontecimiento como este para detenerse unos minutos y recuperar una actitud que nuestra sociedad ha perdido: **la contemplación**.

En lugar de limitarse a hacer fotografías para las redes sociales, podemos preguntarnos:

¿Quién ha creado todo esto?

¿Qué lugar ocupa Dios en mi vida?

¿Estoy viviendo como si Dios existiera realmente?

¿Qué cosas están eclipsando a Cristo en mi alma?

Esta última pregunta puede ser especialmente fecunda.

Porque existe un eclipse mucho más peligroso que cualquier fenómeno astronómico: **el eclipse espiritual de Dios en el corazón humano**.

No porque Dios deje de existir.

Sino porque nosotros permitimos que otras cosas ocupen el lugar que corresponde solamente a Él.

El dinero puede eclipsar a Dios.

El éxito puede eclipsar a Dios.

La política puede eclipsar a Dios.



Las redes sociales pueden eclipsar a Dios.

La comodidad puede eclipsar a Dios.

Incluso nuestras propias preocupaciones pueden eclipsar a Dios.

Y entonces necesitamos volver a escuchar las palabras de Cristo:

«*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia*».
(Mateo 6,33)

12. Un eclipse puede enseñarnos también a esperar

Hay algo particularmente hermoso en un eclipse.

Sabemos que la oscuridad tiene un límite.

Sabemos que la luz regresará.

Esta realidad puede convertirse en una imagen preciosa de la vida cristiana.

Hay momentos en los que Dios permite que atravesemos períodos de prueba, silencio o sufrimiento.

Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y tantos otros santos conocieron la experiencia de la oscuridad espiritual.

Pero la noche no tiene la última palabra.

Para el cristiano, la última palabra pertenece a Cristo resucitado.

La historia de la salvación pasa por la Cruz, pero no termina en la Cruz.

Después del Viernes Santo llega el Domingo de Resurrección.

Después de las tinieblas llega la luz.

Y esto tiene una enorme importancia pastoral para quien atraviesa actualmente una



dificultad.

Quizá hoy no entiendas lo que Dios está permitiendo.

Quizá tengas la sensación de que el cielo se ha oscurecido.

Quizá no encuentres respuestas.

Pero recuerda:

que no veas el Sol no significa que el Sol haya desaparecido.

Y, espiritualmente hablando, que no percibas inmediatamente la acción de Dios no significa que Dios esté ausente.

13. No tengamos miedo del cielo: contemplemos a su Creador

La tradición católica nunca ha necesitado tener miedo de la creación.

La Iglesia ha contemplado los cielos, ha estudiado los astros y ha cultivado las ciencias.

La astronomía y la fe no tienen por qué ser enemigas.

El problema aparece cuando convertimos la creación en un sustituto del Creador.

Un eclipse puede ser estudiado científicamente y, al mismo tiempo, contemplado espiritualmente.

Podemos conocer su causa física y elevar nuestro corazón hacia Dios.

Podemos saber exactamente cuándo comenzará y terminará y, al mismo tiempo, recordar que nuestra existencia está en manos de la Providencia.

La ciencia explica **cómo** ocurre el eclipse.

La fe nos ayuda a preguntarnos **para qué puede servirnos espiritualmente contemplarlo.**



14. La gran pregunta no es cuándo será el próximo eclipse

En definitiva, la Biblia nos conduce mucho más allá del fenómeno astronómico.

Los profetas hablan de cielos oscurecidos para recordarnos que la historia humana está sometida al juicio de Dios.

Los Evangelios describen las tinieblas del Calvario para revelar el misterio de la muerte redentora de Cristo.

El Apocalipsis utiliza imágenes cósmicas para anunciar que la historia tiene un final y que Cristo es el Señor de la historia.

Y el Génesis nos recuerda que todo comenzó porque Dios dijo:

| *«Haya luz».*

Por eso, la pregunta verdaderamente cristiana no es:

«¿Qué significa este eclipse para mi futuro?»

La pregunta es:

«¿Qué significa Cristo para mi vida?»

El eclipse pasará.

La sombra pasará.

El acontecimiento astronómico quedará registrado en libros, fotografías y archivos científicos.

Pero Cristo permanece.

Como dice la Carta a los Hebreos:

| *«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos».*



| *(Hebreos 13,8)*

Conclusión: cuando se oscurece el cielo, levantemos los ojos hacia Dios

Los eclipses pueden impresionarnos porque durante unos instantes parecen alterar el orden cotidiano del mundo.

Pero la verdadera lección cristiana no consiste en buscar mensajes ocultos ni en alimentar el miedo al fin del mundo.

Consiste en **levantar los ojos hacia Dios**.

El Sol es una criatura.

La Luna es una criatura.

Las estrellas son criaturas.

Nosotros también somos criaturas.

Y sobre toda la creación está el Creador.

Cuando contemplamos un eclipse, podemos recordar las palabras del Salmo:

«Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?»

(Salmo 8,4-5)

Esa es quizá la actitud más católica ante un eclipse: **admiración sin superstición, ciencia sin materialismo, temor de Dios sin miedo irracional y contemplación que conduzca a la oración**.

Porque el verdadero milagro no es que durante unos minutos la luz del Sol quede oculta.



El verdadero milagro es que el Dios que creó el Sol haya querido hacerse hombre, entrar en nuestra historia y morir en una Cruz por nuestra salvación.

Y aquí encontramos la paradoja más grande de todas:

el día en que el mundo quedó sumido en tinieblas fue precisamente el día en que Cristo abrió para nosotros el camino hacia la Luz eterna.

Por eso, cuando vuelva a oscurecerse el cielo, no busquemos primero señales de catástrofe.

Miremos hacia Dios.

Demos gracias por la creación.

Rechacemos la superstición.

Recordemos la Pasión de Nuestro Señor.

Y pidamos la gracia de que ninguna criatura —ni el poder, ni el dinero, ni la fama, ni la tecnología, ni nuestras preocupaciones— consiga eclipsar en nuestra alma a Aquel que dijo:

«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».
(Juan 8,12)

Porque todos los eclipses terminan.

Pero **la Luz de Cristo no se apaga jamás.**